



**Asamblea General  
Consejo de Seguridad**

Distr.  
GENERAL

A/41/759  
S/18422

23 octubre 1986  
ESPAÑOL  
ORIGINAL: RUSO

**ASAMBLEA GENERAL**

Cuadragésimo primer período de sesiones

Temas 21, 47, 54, 55, 60, 62, 68,

126 y 141 del programa

**AÑO INTERNACIONAL DE LA PAZ**

**CESACION DE TODAS LAS EXPLOSIONES DE ENSAYOS  
NUCLEARES**

**PREVENCIÓN DE UNA CARRERA DE ARMAMENTOS EN EL  
ESPACIO ULTRATERRESTRE**

**APLICACION DE LA RESOLUCION 40/88 DE LA ASAMBLEA  
GENERAL SOBRE LA CESACION INMEDIATA Y LA  
PROHIBICION DE LOS ENSAYOS DE ARMAS NUCLEARES**

**DESARME GENERAL Y COMPLETO**

**EXAMEN DE LA APLICACION DE LAS RECOMENDACIONES Y  
DECISIONES APROBADAS POR LA ASAMBLEA GENERAL EN  
SU DECIMO PERIODO EXTRAORDINARIO DE SESIONES**

**EXAMEN DE LA APLICACION DE LA DECLARACION SOBRE  
EL FORTALECIMIENTO DE LA SEGURIDAD INTERNACIONAL**

**INFORME DEL COMITE ESPECIAL PARA MEJORAR LA  
EFICACIA DEL PRINCIPIO DE LA NO UTILIZACION  
DE LA FUERZA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES**

**CREACION DE UN SISTEMA GENERAL DE PAZ Y  
SEGURIDAD INTERNACIONALES**

**CONSEJO DE SEGURIDAD**

Cuadragésimo primer año

Carta de fecha 23 de octubre de 1986 dirigida al Secretario General  
por el Representante Permanente de la Unión de Repúblicas Socialistas  
Soviéticas ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de remitirle el texto del discurso de M. S. Gorbachev,  
Secretario General del Comité Central del PCUS, emitido por la televisión soviética.

Le ruego que distribuya dicho texto como documento oficial de la Asamblea  
General, en relación con los temas 21, 47, 54, 55, 60, 62, 68, 126 y 141 del  
programa, y del Consejo de Seguridad.

(Firmado) A. M. BELONOVOV  
Jefe Adjunto de la delegación de la URSS en la  
Asamblea General de las Naciones Unidas en su  
cuadragésimo primer período de sesiones

Anexo

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SECRETARIO GENERAL DEL COMITE CENTRAL  
DEL PCUS POR LA TELEVISION SOVIETICA EL 22 DE OCTUBRE DE 1986**

**Buenas tardes, queridos camaradas:**

**Una vez más nos encontramos para volver a abordar la misma cuestión: Reykjavik. Es una cuestión sumamente importante. Los resultados del encuentro con el Presidente de los Estados Unidos han agitado a todo el mundo. Estos días pasados han surgido muchos datos nuevos que requieren una evaluación, y quisiera compartirlos hoy con ustedes.**

**Se acordarán de que en la conferencia de prensa en Reykjavik dije que más de una vez volveríamos al encuentro entre los dirigentes de la URSS y de los Estados Unidos.**

**Estoy convencido de que todavía no comprendemos toda la importancia de lo ocurrido. Pero no hay duda de que si no es hoy, mañana comprenderemos todo el significado de Reykjavik y haremos justicia tanto a los logros y a las ganancias como a las oportunidades perdidas y a las pérdidas.**

**Con todo el dramatismo del desarrollo de las negociaciones y de sus resultados, el encuentro de Reykjavik tal vez por primera vez en muchos decenios nos ha permitido avanzar tan lejos en la búsqueda de vías hacia el desarme nuclear.**

**Ahora sigo considerando que a consecuencia del encuentro nos encontramos en un nivel más alto no sólo en el análisis de la situación, sino también en la determinación de los objetivos y del marco de los posibles acuerdos sobre desarme nuclear.**

**Al encontrarnos a unos pocos pasos de un acuerdo práctico acerca de un problema tan complejo y de tanta importancia vital, todos hemos llegado a comprender infinitamente mejor el peligro en que se encuentra el mundo y percibimos más intensamente la necesidad de soluciones inaplazables y, lo más importante, sabemos ahora que la eliminación de la amenaza nuclear es real y posible.**

**En este contexto quisiera observar que hace nada muchos "pilares" de la política mundial declaraban que el programa soviético de eliminación de las armas nucleares para el año 2000 era una mera ilusión y un sueño irrealizable.**

**Claramente es un caso en que la experiencia pasada no constituye una riqueza ni una fuente de sabiduría, sino un peso que dificulta la búsqueda de soluciones.**

**Sin embargo, Reykjavik no solamente ha hecho que nazcan las esperanzas, sino también ha puesto de relieve las dificultades en la vía hacia un mundo desnuclearizado.**

**Sin comprender este hecho es imposible evaluar correctamente los resultados del encuentro de Islandia.**

Son grandes las fuerzas que se oponen a la tendencia hacia el desarme. Lo percibimos tanto en el propio encuentro como ahora mismo. Ahora se está hablando mucho de Reykjavik.

Las personas con mentalidad realista han considerado que el encuentro en Islandia fue un importante acontecimiento político.

Han acogido con satisfacción el hecho de que a consecuencia del encuentro se ha conseguido salir a unos niveles cualitativamente nuevos en la lucha contra las armas nucleares. Los resultados de Reykjavik, según la visión de los dirigentes soviéticos, alientan a aquellos que quieren un cambio hacia una situación mejor.

En círculos estatales, públicos y científicos de la mayoría de los países se han formulado evaluaciones interesantes. Se dice que las posibilidades que se han hecho patentes durante el encuentro responden a los deseos de toda la humanidad.

Existe la opinión generalizada de que el encuentro ha elevado a un nuevo nivel el diálogo soviético-estadounidense, al igual que todo el diálogo entre el Este y el Oeste.

Dejando el plano de los cálculos técnicos y las comparaciones numéricas el diálogo ha alcanzado nuevos parámetros y dimensiones.

Desde esta altura se ven nuevas perspectivas para la solución de los problemas que tienen tanta vigencia hoy día: estoy pensando en la seguridad, el desarme nuclear, la prevención de una nueva espiral de la carrera de armamentos y una nueva comprensión de las posibilidades que se abren ante la humanidad.

Se puede decir que el debate en el mundo sobre los resultados del encuentro no ha hecho más que empezar. No sólo creo, sino que estoy convencido de que el debate se irá ampliando. Creemos que aumentarán también los esfuerzos generales de los pueblos y de los círculos políticos y públicos dirigidos a poner en práctica las posibilidades que se han abierto en el encuentro de Reykjavik.

En el encuentro de Reykjavik se marcó la ruta del movimiento hacia la solución de problemas sumamente importantes, de los cuales depende el destino mismo de la humanidad.

Pero el tiempo transcurrido después de Reykjavik ha mostrado también otras cosas.

Los círculos relacionados con el militarismo y con las ganancias procedentes de la carrera de armamentos están evidentemente asustados. Procuran por todos los medios hacerse con la nueva situación y, coordinando sus actos, tratan de confundir como sea a la gente.

Quien controla el estado de ánimo de las amplias masas de la opinión pública mundial, frenar su impulso hacia la paz e impedir que los gobiernos adopten una posición clara en este momento histórico decisivo.

Estos círculos disponen de poder político, de palancas económicas y de poderosos medios de información. No hay por qué sobrevalorar su fuerza, pero tampoco hay que subestimarla. Todo hace pensar que la lucha va a ser difícil.

En el país de los enemigos de la distensión y del desarme ha empezado una nueva reagrupación de fuerzas y se están haciendo esfuerzos febriles para erigir unos obstáculos que hagan naufragar el proceso iniciado en Reykjavik.

En estas circunstancias considero necesario volver a examinar los problemas que han adquirido gran vigencia en relación con el encuentro de Islandia.

Nuestro punto de vista, que expuse una hora después de terminar el encuentro, no ha variado. Considero imprescindible decirlo no solamente para reafirmar la evaluación ya hecha.

Lo hago para señalarles a la atención los vaivenes y las voces discordantes que estamos observando. No se sabe si son producto de la confusión o del aturdimiento, o bien una medida premeditada para estafar a la gente sencilla.

Se están dando explicaciones diferentes de los objetivos que se plantearon ante el encuentro. De las primeras maldiciones dirigidas contra Reykjavik se ha pasado de modo rápido y unánime a los entusiasmos.

Ha empezado una agitada campaña para apropiarse propuestas ajenas.

Las fuerzas principales están lanzadas a defender la SDI, cubierta de oprobio en Reykjavik. En una palabra, en Washington están viviendo ahora unos días de gran revuelo.

¿Qué es esto? ¿Un juego preelectoral que necesita del éxito de Reykjavik? ¿O bien estamos ante una política impredecible para los años futuros?

Este fenómeno requiere un serio examen.

No hemos dejado de notar de qué modo y en qué dirección intentan dirigir el debate sobre los resultados del encuentro determinados círculos políticos.

Vale la pena referirse a los momentos principales de esta campaña. Quieren exonerar la posición destructiva del Gobierno de los Estados Unidos, que llegó al encuentro sin estar preparado y, diría yo, una vez más con el viejo equipaje; que cuanto no había escapatoria y la situación requería respuestas claras, hizo fracasar la posibilidad de concluir el encuentro con acuerdos.

En la nueva situación que se ha creado después de Reykjavik quieren obligar a la URSS a retornar a enfoques antiguos, están tirando hacia atrás, hacia debates numéricos estériles y vueltas en círculo en un callejón sin salida.

Es obvio que en Occidente no hay pocos políticos para los cuales las negociaciones de Ginebra constituyen una cómoda pantalla y no un foro para la búsqueda de acuerdos.

Ahora se está haciendo más claro aquello que se disimuló cuidadosamente: en los círculos dirigentes de los Estados Unidos y de Europa Occidental hay fuerzas poderosas que quieren socavar el proceso de desarme nuclear; hay algunos que han empezado a afirmar una vez más que las armas nucleares son casi un bien.

Dicen que las medias verdades son las mentiras más peligrosas. Y es sumamente inquietante que hayan adoptado esta posición - y a veces una posición de engaño directo - no solamente los medios de comunicación de tendencias derechistas, sino altos dirigentes del Gobierno estadounidense.

Ya tuve la oportunidad de exponer cómo transcurrió el encuentro de Reykjavik. Llegamos al encuentro con propuestas sobre la reducción de armamentos que eran constructivas y las más radicales en toda la historia de las negociaciones soviético-estadounidenses. En estas propuestas se tienen en cuenta los intereses de ambas partes.

Al llegar a Islandia, la víspera del encuentro, informé de ello a los dirigentes de ese país. Ya a la mitad de la primera conversación con el Presidente de los Estados Unidos se le entregaron dichas propuestas.

Estas propuestas, de largo alcance y relacionadas entre sí, constituyen un conjunto y están basadas en nuestro programa de eliminación de las armas nucleares para el año 2000 anunciado el 15 de enero.

Primera propuesta. Reducir a la mitad todas las armas estratégicas sin excepción alguna.

Segunda propuesta. Eliminar totalmente los misiles de mediano alcance soviéticos y estadounidenses en Europa e iniciar sin dilación alguna negociaciones sobre los misiles de ese tipo en Asia, al igual que sobre los misiles con un alcance inferior a 1.000 kilómetros, cuyo número propusimos congelar inmediatamente.

Tercera propuesta. Fortalecer el régimen del Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos e iniciar negociaciones a gran escala sobre la prohibición completa de los ensayos nucleares.

Los debates en Reykjavik se desarrollaron sobre la base de las propuestas soviéticas, de lo cual informé con detalle en mis intervenciones anteriores.

A consecuencia de una ardua labor e intensos debates se produjo un acercamiento esperanzador de las posiciones en dos de las tres esferas.

La lógica de las negociaciones condujo a las partes a determinar los plazos concretos para la eliminación de las armas estratégicas ofensivas. Tanto el Presidente Reagan como yo llegamos al acuerdo de que la URSS y los Estados Unidos podían y debían eliminar totalmente dichas armas para el año 1996.

Se llegó a un acuerdo sobre la eliminación total de los misiles de mediano alcance soviéticos y estadounidenses en Europa y sobre una reducción radical de los misiles de esa clase en Asia.

Consideramos que los acuerdos entre la URSS y los Estados Unidos tienen una importancia de principio: han demostrado que el desarme nuclear es posible.

Esta es la primera parte de la verdad sobre Reykjavik. Pero existe otra parte. Consiste en que, como ya he dicho, la parte estadounidense frustró un acuerdo histórico que parecía estar al alcance de la mano.

En estos momentos el Gobierno de los Estados Unidos está procurando por todos los medios convencer a la gente de que el posible gran éxito acompañado de acuerdos concretos no se logró a causa de la postura inflexible de la parte soviética en relación con el programa de la llamada "Iniciativa de defensa estratégica".

Se dice incluso que tendimos una trampa al Presidente presentando propuestas que "cortaban el aliento" sobre la reducción de las armas ofensivas estratégicas y los misiles de mediano alcance y, acto seguido, planteamos un ultimátum exigiendo que renunciara a la SDI.

Pero la esencia de nuestra posición y de nuestras propuestas consiste en lo siguiente: estamos a favor de la reducción, y a continuación de la eliminación total de las armas nucleares y estamos decididamente en contra de una nueva etapa de la carrera de armamentos y de su traslado al espacio ultraterrestre.

Por esta razón estamos en contra de la SDI y estamos a favor de la consolidación del Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos.

Toda persona sensata comprende que si nos embarcamos en el camino de profundas reducciones y, a continuación, de la eliminación total de las armas nucleares, es preciso excluir toda posibilidad de que tanto la parte soviética como la estadounidense pueda adquirir ventajas militares unilaterales.

El peligro principal de la SDI lo vemos precisamente en el traslado de la carrera de armamentos a una esfera nueva y en el deseo de salir con las armas ofensivas al espacio ultraterrestre, logrando de este modo la superioridad militar.

La SDI está cerrando el camino a la cesación de la carrera de armamentos y a la liberación de la humanidad de las armas nucleares y es el obstáculo principal para el progreso hacia un mundo desnuclearizado.

Y cuando el Sr. Shultz, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, dice al pueblo estadounidense que la SDI es una especie de "póliza de seguros" para los Estados Unidos, es, por lo menos, un intento de confundir al pueblo estadounidense.

En realidad, la SDI no fortalece la seguridad de los Estados Unidos, no la fortalece, sino que, al abrir una nueva etapa en la carrera de armamentos, desestabiliza la situación militar y política y, por consiguiente, debilita tanto la seguridad de los Estados Unidos como la de todo el mundo.

Los estadounidenses deben saberlo.

Deben saber también que la posición de los Estados Unidos en relación con la SDI, formulada en Reykjavik, contradice esencialmente el Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos. El artículo XIV de dicho Tratado permite en efecto retirarse del Tratado, pero únicamente en determinadas circunstancias, es decir, si "acontecimientos extraordinarios ... han comprometido sus intereses supremos [de una parte en el Tratado]". No ha habido ni hay ahora acontecimientos de esa índole. Y es evidente que la eliminación de las armas nucleares - si ésta se iniciara - haría todavía menos probable que surgieran acontecimientos extraordinarios de esa clase. Esto es lógico.

El artículo XIII del Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos contiene otra disposición, a saber, que las partes deben "examinar, cuando proceda, posibles propuestas para aumentar la viabilidad del presente Tratado". Los Estados Unidos, por el contrario, procuran devaluar el Tratado y privarlo de sentido.

Todo esto son citas de un documento firmado por el representante supremo de los Estados Unidos.

Se han inventado muchas fábulas para dar más prestigio a la SDI. Una de ellas es que los rusos le tienen mucho miedo. Otra, que la SDI es precisamente lo que ha llevado a los rusos a las negociaciones de Ginebra y luego a Reykjavik. La tercera es que la SDI es la única salvación para los Estados Unidos de la "amenaza soviética". La cuarta es que la SDI asegurará a los Estados Unidos una ventaja tecnológica muy grande en relación con la Unión Soviética y otros países, etc.

En estos momentos, conociendo el problema, puedo decir una cosa: la continuación del programa de la SDI arrastrará al mundo a una nueva etapa de la carrera de armamentos y desestabilizará la situación estratégica.

Todo lo demás que se atribuye a la SDI es muy dudoso en muchos aspectos y se hace para vender en un envoltorio atractivo esta mercancía sospechosa y peligrosa.

El Presidente, al defender su posición que condujo al fracaso de los acuerdos de Reykjavik, hace preguntas retóricas: "¿Por qué los rusos exigen con tanta insistencia que los Estados Unidos se queden para siempre vulnerables ante un ataque soviético con misiles? ¿Por qué la Unión Soviética insiste en que permanezcamos vulnerables para siempre?".

He de confesar que estas preguntas me sorprenden. Parece desprenderse de ellas que el Presidente estadounidense tiene la posibilidad de lograr la invulnerabilidad de su país y de protegerlo con seguridad de un ataque nuclear.

No obstante, mientras existan las armas nucleares y continúe la carrera de armamentos, no tiene tal posibilidad. Naturalmente, lo mismo nos pasa a nosotros.

Si el Presidente en esta situación cuenta con la SDI, es una esperanza vana. Ese sistema puede ser eficaz solamente en el caso de que se eliminen todos los misiles. En ese caso, cabe preguntarse para qué se necesita una defensa antimisiles. ¿Para qué construirla? No me refiero ya al desperdicio de recursos, ni al costo del sistema: según algunas evaluaciones asciende a varios millones de millones de dólares.

Entre tanto procuramos persuadir a los Estados Unidos para que renuncien a este peligroso proyecto. Intentamos convencer al Gobierno de los Estados Unidos de que busque la invulnerabilidad y la seguridad por otra vía: por la vía de la eliminación total de las armas nucleares y la creación de un sistema general de seguridad internacional que excluya cualquier tipo de guerra, tanto nuclear como convencional.

Sin embargo, hoy día el programa de la SDI forma parte integrante de la doctrina militar de los Estados Unidos.

Las "directrices de defensa para los años 1984-1988", vigentes en el día de hoy, que salieron del Pentágono al principio de la presidencia de Reagan, prevén directamente "la elaboración de sistemas emplazados en el espacio ultraterrestre", incluidos los medios de destrucción de satélites soviéticos, la consolidación de los sistemas de defensa antisatélites en el territorio de los Estados Unidos junto con la posible retirada de los Estados Unidos del Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos.

Se destaca en dicho documento que "es preciso encauzar la rivalidad militar con la URSS hacia nuevas esferas, con lo cual los anteriores gastos militares soviéticos perderán todo sentido, y hacer que todo el armamento soviético se vuelva obsoleto". Una vez más, verán ustedes, la carrera tras un fantasma, utilizando las palabras del ex Presidente Nixon, y una vez más cálculos para agotar a la Unión Soviética.

Al Gobierno actual de los Estados Unidos le cuesta aprender la lección.

¿Y no estará aquí la respuesta a la pregunta de por qué se aferran tanto a la SDI? Los planes de las "guerras de las galaxias" se han convertido en el obstáculo principal para los acuerdos sobre la eliminación de la amenaza nuclear. En vano están tratando ahora en Washington de presentar la situación como si estuviéramos avanzando hacia un acuerdo.

Eliminar las armas nucleares como medio para contener la agresión estadounidense, recibiendo a cambio una amenaza desde el espacio ultraterrestre, es algo que sólo pueden aceptar los simplones políticos. Entre los dirigentes soviéticos no los hay.

Es difícil hacerse a la idea de que por todo esto se ha dejado escapar una oportunidad única de librar a la humanidad de la amenaza nuclear. Pensando en eso dije en la conferencia de prensa en Reykjavik que no considerábamos que el diálogo hubiera concluido y esperábamos que, al regresar a su país, el Presidente Reagan consultara al Congreso de los Estados Unidos y al pueblo estadounidense y tomara decisiones cuya necesidad se desprende lógicamente de lo que se ha logrado en Reykjavik.

Pero ha ocurrido algo muy diferente. Además de tergiversar la imagen de las negociaciones en Reykjavik - y de esto hablaré más adelante - en los últimos días han tomado medidas que desde el punto de vista de una persona normal parecen totalmente disparatadas después de un encuentro tan importante al nivel de la dirección suprema de ambos países.

Tengo presente la expulsión de los Estados Unidos de otros 55 funcionarios de la Embajada y el Consulado soviéticos. Desde luego, tomaremos medidas de represalia, bastante rigurosas, por decirlo así, de igual a igual. No estamos dispuestos a tolerar tales excesos. Sin embargo, ahora deseaba hablar de otra cosa.

¿Qué persigue el Gobierno de los Estados Unidos, qué se puede esperar de él en otros asuntos, y en el escenario internacional? ¿Hasta qué límites se extiende la imprevisibilidad de sus acciones?

Resulta que no solamente no ha habido del Gobierno de los Estados Unidos respuestas constructivas sobre las cuestiones clave del desarme, sino que ni siquiera el deseo de mantener el ambiente necesario para continuar el diálogo en forma normal. Resulta que Washington no está dispuesto ni a lo uno ni a lo otro.

Una conclusión se impone. Esto queda confirmado por una experiencia ya considerable. Cada vez que se vislumbra un rayo de luz en los enfoques a las cuestiones de envergadura de las relaciones soviético-estadounidenses y al arreglo de cuestiones que afectan los intereses de toda la humanidad, tiene lugar una provocación calculada de modo tal de frustrar la posibilidad de una solución positiva y emponzoñar el ambiente.

¿Dónde está, pues, la verdadera cara del Gobierno de los Estados Unidos? ¿Está a la búsqueda de desenlaces y soluciones o en definitiva quiere destruir todo lo que pueda servir como base para lograr avances y excluir sin que quepa duda alguna toda posibilidad de normalización?

Se configura una imagen nada atractiva del Gobierno de ese gran país, rápido en acciones destructivas y perturbadoras. O bien el Presidente no puede imponerse a sus allegados, que literalmente respiran odio hacia la Unión Soviética y hacia todo lo que pueda conducir los asuntos internacionales por un cauce tranquilo, o bien no lo desea. En cualquier caso, no hay cómo poner a raya a los "halcones" en la Casa Blanca. Esto es muy peligroso.

En lo que respecta a informar a los estadounidenses sobre lo que ocurrió en Reykjavik, ocurrió lo siguiente, totalmente por el tenor de lo ya expresado. Ocultaron las realidades del asunto. Les contaron la misma verdad a medias de la que he hablado antes. Se presentó la cosa como si los Estados Unidos, actuando desde una posición de fuerza, casi hayan forzado a la Unión Soviética a aceptar un acuerdo en las condiciones impuestas por los Estados Unidos.

No está lejano el día, en que, según se dice, los Estados Unidos se salgan con la suya. Es preciso, no sólo no aflojar el ritmo de los preparativos bélicos, sino acelerar el programa de "guerra de las galaxias" e intensificar la presión en todas direcciones.

En estos días hemos presenciado cómo asuntos de gran envergadura naufragan por causa de la politiquería de poca monta, cómo se sacrifican a los intereses de los fabricantes de armas los intereses vitales del propio pueblo, de los aliados y de la seguridad internacional en general.

Mucho se ha hablado de cuán abierta es la sociedad estadounidense, de la libertad de información, del pluralismo de opiniones y de que cada cual puede ver y escuchar lo que desee.

En Reykjavik, señalando la diferencia entre nuestros sistemas, el Presidente me dijo: "Reconocemos la libertad de prensa y el derecho de escuchar todo punto de vista". Lo he citado en sus propias palabras. Sin embargo, ¿cómo se presentan las cosas en la realidad?

He aquí los hechos más recientes.

Me contaron que nuestra organización pública, la Agencia de Prensa Novosti, había editado en inglés los textos de mi conferencia de prensa en Reykjavik y mi declaración por la televisión soviética y los había enviado a varios países, entre ellos los Estados Unidos.

Pues bien: el folleto con esos textos ya hace varios días que está retenido en la aduana de los Estados Unidos. Se impide que llegue a los lectores estadounidenses. ¡Vean cómo se entiende el "derecho a escuchar todo punto de vista"!

O bien, en lo que toca a asuntos humanitarios, dije al Presidente: "Considere, por ejemplo, el cine. En la pantalla soviética se exhibe una vasta cantidad de películas estadounidenses. El pueblo soviético cuenta con la posibilidad de tener una idea del modo de vida y el modo de pensamiento en los Estados Unidos".

En los Estados Unidos, "tierra de libertad", prácticamente no se exhiben películas soviéticas. El Presidente eludió una respuesta y, como suele ocurrir en tales casos, se escudó en la empresa privada, la cual, según se dice, hace lo que quiere.

Le hablé también de la publicación de libros estadounidenses en nuestro país y de libros nuestros en los Estados Unidos: una razón aproximada de 20 a uno.

Le planteé asimismo al Presidente la cuestión de la información radial. Dije que también en este caso nos hallábamos en una situación de desigualdad. "Ustedes tienen rodeada la Unión Soviética de una red de radiotransmisores y, desde el territorio de otros países, retransmiten en muchos idiomas de la Unión Soviética las 24 horas del día lo que se les antoja. Los propios Estados Unidos, aprovechándose de que no somos vecinos cercanos, se han aislado de nuestra información radial mediante las ondas medias; sólo tienen receptores en dichas ondas". El Presidente tampoco tuvo nada que objetar a esto.

Entonces le propuse: "Procedamos así - nosotros terminamos con las interferencias a "La Voz de América" y ustedes nos conceden la posibilidad de difundir desde su territorio o desde alguna parte contigua transmisiones radiales a los Estados Unidos de modo que lleguen a la población de su país". El Presidente prometió pensarlo.

Parece que los Estados Unidos se vuelven una sociedad cada vez más cerrada y que en una forma ingeniosa y eficaz aíslan a su población de la información objetiva. Este es un proceso peligroso.

El pueblo estadounidense debe saber la verdad de lo que ocurre en la Unión Soviética, del auténtico contenido de la política exterior soviética y de nuestras intenciones reales, incluso de la verdad de la situación general en el mundo.

En la actual etapa, yo diría que esto adquiere una importancia extraordinaria.

Pasemos ahora a hablar de cómo se presentan en los Estados Unidos los resultados de Reykjavik. Hicieron falta sólo unas cuantas horas, cuando mucho unos días, para que todo lo que se habló en Reykjavik se esfumara en una niebla de invenciones y fantasías. Hay un empeño por echar a perder las semillas de la confianza antes de que germinen.

El Presidente declaró hace pocos días que sólo los misiles balísticos habían sido objeto de acuerdo, mientras que sus asistentes dijeron claramente que los bombarderos y todos los misiles de crucero se mantenían inviolables.

El Secretario de Estado dio otra versión, que el acuerdo concernía a todas las armas estratégicas. Dicho sea de paso, participó en mis conversaciones con el Presidente, al igual que nuestro Ministro de Relaciones Exteriores E.A. Shevardnadze.

El Sr. Speakes, hablando a nombre de la Casa Blanca, declaró que R. Reagan posiblemente había sido mal interpretado y que el Presidente nunca había asentido en un acuerdo sobre la eliminación de todas las armas nucleares.

La cuestión llegó hasta tergiversaciones puras y simples.

Se afirma, por ejemplo, que durante la pasada reunión el Presidente de los Estados Unidos no dio su acuerdo a la propuesta soviética sobre la eliminación total de todas las armas estratégicas ofensivas de la URSS y de los Estados Unidos para 1996. No se había llegado a un parecer único sobre esta propuesta nuestra.

Con toda responsabilidad como participante en las negociaciones declaro: el Presidente - aunque sin particular entusiasmo - acordó en que se eliminaran todas - recalco - todas, y no sólo determinadas armas estratégicas ofensivas. Y que se destruyeran precisamente en un plazo de 10 años, en dos etapas.

También se aparta de la verdad la interpretación del examen del problema de los ensayos de armas nucleares. El enfoque unilateral a esta cuestión por parte de los Estados Unidos se presenta como si la Unión Soviética se hubiera expresado en pleno acuerdo con él. No fue así ni pudo serlo.

Igualmente se presenta en forma incorrecta la cuestión de la eliminación de los misiles de mediano alcance en Europa. No sólo eso, sino que se la separa del conjunto propuesto por la parte soviética.

Aún más, nuestro acuerdo de congelar el número de misiles de alcance inferior a 1.000 kilómetros comienza a presentarse como "reconocimiento" por parte de la Unión Soviética del "derecho" de los Estados Unidos de emplazar misiles estadounidenses de dicha clase en Europa occidental.

Ante tales interpretaciones cabe más bien poner en duda qué fue lo que hablamos en Reykjavik. ¿De la eliminación de la amenaza nuclear y de la reducción y eliminación de las armas nucleares? ¿O más bien de cómo acrecentar aún más dicha amenaza, diversificar los arsenales nucleares, o convertir en escenario de un enfrentamiento militar no sólo el planeta entero, sino el espacio ultraterrestre y el universo? He aquí cómo se presentan las cosas, camaradas.

La perspectiva de un posible entendimiento recíproco soviético-estadounidense acobardó de tal modo a ciertas personas, que se decidió por anticipado montar obstáculos totalmente inconcebibles e inventar "condiciones previas".

Un asistente del Presidente convino incluso en que los Estados Unidos, antes de proceder al desarme nuclear, "deben percibir un cambio en el ambiente político de la Unión Soviética".

Todo esto carece de seriedad, carece en absoluto de toda seriedad.

Cuando se expresaban semejantes pretensiones hace unos 70 ó 40 años, todavía podían tomarse por insensateces o por ceguera histórica; ahora son manifestaciones de una cabal incomprensión de la realidad.

También a título de "condición previa" se impone la cuestión de las armas convencionales. Ella de por sí es bastante seria.

Hasta hoy día ha sido moneda corriente en Occidente la afirmación de la "superioridad" de la Unión Soviética y de los Estados del Tratado de Varsovia en materia de armas convencionales. Según se dice, ello obliga a la OTAN a incrementar continuamente el potencial nuclear.

Desde luego no existe ningún desequilibrio. Luego de Reykjavik este hecho fue reconocido públicamente por primera vez por el Sr. Shultz y el Sr. Reagan. Sin embargo, la esencia del problema no se reduce al mantenimiento de la paridad. No queremos que la carrera de armamentos se desplace de la esfera de las armas nucleares a la de las armas convencionales.

Debo recordar que nuestra propuesta de enero sobre la eliminación de las armas nucleares antes de fin de siglo incluía también una disposición sobre la eliminación de las armas químicas y reducciones drásticas de las armas convencionales.

Repetidamente hemos retornado a esta cuestión desde enero. En verano del presente año los países del Tratado de Varsovia formularon en Budapest propuestas de amplio alcance. Nos dirigimos a la otra parte; tengo presentes a los miembros de la OTAN.

Hasta el momento no se ha obtenido una respuesta de ellos.

Cada día que pasa después de Reykjavik deja en claro que la reunión que tuvo lugar en Islandia resultó ser la piedra de toque en que se comprobaba el verdadero valor de las palabras y las declaraciones de los dirigentes políticos.

¿Cuánto se ha hablado de que hay que liberarse de la pesadilla nuclear, de cuán fácil sería respirar en un mundo desnuclearizado si sólo la URSS y los Estados Unidos sacaran el problema del punto muerto!

Sin embargo, en cuanto se vislumbró un rayo de esperanza, ¿cuántos de aquellos que sólo ayer maldecían las armas nucleares y protestaban de su adhesión a la idea de un mundo desnuclearizado emprendieron las de villadiego!

Incluso corre la voz en Europa occidental de que es difícil dejar de lado las armas nucleares estadounidenses y los misiles estadounidenses.

Aparentemente la cuestión estriba en que quienes se encargan de formular la política en Occidente piensan en las armas nucleares totalmente desde un punto de vista no defensivo. De otro modo, es difícil explicar por qué ahora se rebuscan pretextos para mantener los misiles o se procura el apoyo al programa de la SDI en el plano gubernamental.

Tenemos sobre qué reflexionar; también lo tiene la opinión pública de Europa occidental.

Además de ataques frontales, se emprenden maniobras cada vez más sutiles. ¿Acaso se puede tomar de la mesa de negociaciones sólo lo que es más favorable y hacer caso omiso de aquello que, por distintas razones, no es del gusto de uno?

Se dice que las dificultades en Reykjavik surgieron debido a que nosotros, la parte soviética, abogamos por propuestas radicales en nuestro conjunto de propuestas. Sin embargo, el conjunto es un equilibrio de intereses y de concesiones, un equilibrio de obligaciones contraídas y de interdependencia de los intereses de la seguridad. Aquí todo está, como si dijéramos, en igualdad de peso; hay que nivelar ambos platillos.

Es probable que esta sea la razón por la que en Occidente quieren desmenuzar esta variante lógicamente fundada y justa de un acuerdo amplio, sin hacer nada por restablecer el equilibrio de las transacciones.

Todas las propuestas que formulamos en Reykjavik están vinculadas objetivamente con los sistemas estratégicos centrales de armas. Nuestras concesiones también son parte del conjunto. Si no hay conjunto, tampoco habrá concesiones.

Esta es la realidad de nuestra seguridad nacional. Sin embargo, dicho enfoque también garantiza la seguridad de los Estados Unidos y de todos los demás países.

He aquí la razón por la que otorgamos tanta importancia a la consolidación del Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos. No tenemos ninguna intención por nuestra parte de socavarlo. Por el contrario, nos oponemos a su revisión, complementación, etc., y mucho menos a su sustitución por otro, como lo dijo, o quizás lo falseó el Presidente en Reykjavik.

Reconozco que quedé muy sorprendido cuando durante la reunión se puso a tratar de convencer a la parte soviética y a mí personalmente de no referirnos al Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos como "sagrada escritura". ¿Y cómo ordena que nos refiramos al Tratado? ¿Como un papel mojado o qué?

Sin la estricta observancia de los tratados, cuanto más de uno tan fundamental, no es posible garantizar el orden internacional y la estabilidad elemental; por el contrario, imperarán en el mundo la arbitrariedad y el caos.

Lo digo una vez más: cuando se prefiere la SDI al desarme nuclear, sólo es posible una conclusión - mediante este programa bélico se intenta refutar el axioma de las relaciones internacionales de nuestra época, concertado en palabras simples y claras, a las cuales el Presidente de los Estados Unidos y yo pusimos la firma el año pasado. He aquí las palabras: no se puede librar una guerra nuclear y en ella no habrá vencedores.

Para concluir, diré: la Unión Soviética ha puesto el máximo de buena voluntad en sus propuestas. ¡No retiraremos nuestras propuestas, no las vamos a retirar! Todo lo que se ha dicho para fundamentarlas y desarrollarlas se mantiene en vigor.

-----

